

El Coraje de estar vivo

Omaira Granados Ramírez¹
Técnica de Secretariado Administrativo
Omaira.granados34@gmail.com



Paulina entre recuerdos y supervivencia

Paulina es una humilde campesina oriunda de San Vicente de Chucurí, tierra reconocida como la capital del cacao en el departamento de Santander. Hija del señor Hipólito y la señora María Consejo. Es la menor de once hermanos que conformaban su núcleo familiar. Paulina, quien en la actualidad tiene 68 años, de tez blanca, delgada y con un canar que adorna su corta cabellera; nos abre las puertas de su hogar para compartírnos con total lucidez una de las tantas historias que enmarcan el despla-

amiento forzado de familias campesinas a causa del conflicto armado interno y de grupos criminales al margen de la ley.

Los padres de Paulina la obligaron a contraer matrimonio a los 14 años, como era la costumbre para la época. De esa unión nacieron cuatro hijos, quienes eran la motivación de su hogar. En el año 1965 la familia se radicó en la finca Campo Alegre de la vereda “El 27”, del corregimiento de El Carmen de San Vicente de Chu-

¹ Secretaria General del Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI), Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia.

curí. Pasaron doce años de matrimonio, pero lamentablemente un día su esposo sufrió una trombosis y falleció, dejando a la señora Paulina como madre cabeza de familia.

Aparece el verdadero amor

El tiempo transcurrió y la señora Paulina conoció al señor Luis Zafra, quien, sin saberlo, sería el gran amor de su vida, pese a que era su segundo matrimonio. En la entrevista con quien estas líneas escribe, sostuvo Paulina: “fueron los mejores años de mi vida, lo amé a morir” (entre risas, sus ojos brillaban de felicidad al recordar su vida al lado de su difunto esposo). Pues su convivencia fue muy hermosa, estuvo marcada por el cariño, colaboración, amabilidad, entrega al trabajo y servicio a los demás.

El sustento de la familia se basaba en el cultivo de la agricultura: plátano, yuca, cacao, cítricos, maíz y café. La tierrita era muy fértil y buena para el cultivo. Además, la familia de la señora Paulina ayudaba a la sostenibilidad económica de las familias campesinas de la vereda, a través de la contratación de obreros para la siembra y recolección del cultivo.

Sin embargo, no todo era color de rosa, pues en el campo “El 27”, que según las averiguaciones fue llamado así por el descubrimiento del pozo de petróleo No. 27 de Ecopetrol. Para esa época la comunidad vivió la represión y la violencia generada por los constantes combates entre integrantes de las guerrillas y las tropas del Ejército, sumado a ello los campesinos que quisieron unirse a una insurrección nacional.

Un domingo de elecciones los esposos salieron al campo “27” para cumplir con la democracia. Como es normal en estas jornadas llegó el Ejército para la inspección y vigilancia de la actividad electoral. Entre los militares estaba un sargento que conocía al esposo de la señora Paulina, debido a que el señor Zafra años atrás había prestado el servicio militar, se saludaron de mano y cruzaron unas palabras. “—¿Qué hace

por acá soldado Zafra? —No mi sargento es que me enamore de una viudita y tengo un hogar con ella, estamos trabajando y cultivando la finca, ayudándole con los niños”. Esas fueron las palabras que los dos conocidos cruzaron.

A partir de ello, ese día los informantes y colaboradores de la guerrilla sacaron toda clase de chismes: “Ese hombre es un sapo e informante del Gobierno”. Pronto los rumores se hicieron públicos entre los moradores de la región y razones suficientes para que los comandantes de la guerrilla se tomaran la “justicia” por sus manos.

En cuanto al rumor, los habitantes le hacían preguntas extrañas a la señora Paulina sobre el trabajo del señor Luis: “—¿Es cierto que su esposo trabajaba con el Gobierno?” ante este interrogante, ella respondía: “—Él trabaja, pero en la finca con la macheta, pala y el azadón”. Como no era cierto lo que la gente murmuraba, ya que el esposo era inocente de esas acusaciones, ella no le prestó atención.

Además, ella y su esposo vivían ocupados trabajando la tierra para sacar adelante los hijos. Paulina se desentendió del tema y no trató de aclarar con las personas entre las que se difundió la información falsa, ellos no conocían sobre la presencia de grupos guerrilleros o del Ejército, si pasaban o no cerca de la finca. La familia desconocía las calumnias que se tejían en su contra: “—Yo no conocía de guerrilla, yo no conocía nada, estaba completamente ignorante”.

La finca de Paulina lindaba con la de la familia Pinzón, campesinos que sí eran simpatizantes e informantes de estos grupos, les transmitían todo sobre lo que veían, escuchaban o sucedía en la comunidad.

El día que comenzó el dolor

El sábado 13 de julio de 1980 Paulina se levantó como todos los sábados: se emperifolló para salir de la finca Campo Alegre con destino a San Vicente para vender los productos agrí-

colas que sembraban. Alistó con ayuda de Luis las bestias que llevarían en sus ancas los bultos de plátano, maíz, yuca, cacao y café, que debían trasladar hasta el paso llamado El Pajarito por donde pasaba el camión que recogía los cultivos de los campesinos.

Recordó con mucha tristeza que ese día después de subir los bultos al camión, la abrazó y le dio un beso: “Cuídese mucho, mañana salgo a esperarla”. El camión arrancó y él se quedó mirando hasta que desapareció entre los cerros y la naturaleza.

Además, recordó que su esposo había preparado una chicha de maíz muy buena y fuerte que sería la bebida que acompañaría el almuerzo del fin de semana.

El domingo 14 de julio de 1980 el señor Luis Zafra se levantó con la primera luz del día, agarró un pollo grande y lo preparó para compartir con sus hijos en el almuerzo. Después, les

advirtió que en la estufa quedaba la parte de la mamá, que estuvieran atentos para que los gatos no destaparan los alimentos, mientras él subía con el buey de carga a esperar a la señora Paulina que llegaba con el mercado en el bus de las 4:00 p.m.

En el caserío del campo “27” solo existían dos tiendas, una de propiedad del señor Jorge y la otra de la señora Zoila, las casas eran separadas por la carretera y un entablado de bolo criollo. Las tiendas eran el punto de distracción de los habitantes del vecindario y de las fincas aledañas, que el domingo madrugaban hasta la pesa del señor Julio Murcia en busca de carne para el sustento de la familia y los obreros. Además, era tradición que las familias se reunieran en este lugar para celebrar las fiestas decembrinas y de año nuevo.

A eso del mediodía, dos hombres desconocidos que portaban vestimentas sencillas cubrían sus cabezas con sombreros artesanales





muy parecidos a los campesinos de la vereda. Llegaron en un camión que pasó por el lugar, ingresaron a la tienda del señor Jorge, pidieron dos cervezas y se sentaron a esperar con la mirada atenta.

No pasó mucho tiempo cuando los asesinos notaron la presencia del señor Luis Zafra, quien inocentemente ingresó a la tienda de la señora Zoila, para descansar un poco, antes de seguir el camino en busca de su esposa. Amarraba el buey en el cerco de la tienda, los asesinos se aproximaron y sin mediar palabras descargaron el arma contra la humanidad del señor.

El buey de carga saltaba por el horror de los disparos, de su boca emergía abundante baba y su lengua se salía como si lo estuvieran ahorcando. Entre tanto, el cuerpo del señor Luis Zafra quedó tendido sin vida. La señora Zoila cerró con ligereza la puerta de la tienda y los lugareños que presenciaron el asesinato corrieron horrorizados para guardarse en sus casas. El suceso dejó atónita a la población, mientras los bárbaros bajaban por el caserío con plena tranquilidad, advirtiendo a los habitantes que encontraban a su paso que no dijeran nada, que no habían visto nada.

A su vez, Paulina extrañó que al llegar a la parada no estuviera su esposo como habían acordado. En el lugar se hallaba un joven vecino que estaba al corriente de la noticia, el joven se le acercó y le ayudó a bajar el mercado, ella indagó con él, por qué el esposo no estaba esperándola. El joven le respondió que el señor Zafra no había podido bajar, pero que él le ayudaba con el mercado para llevarlo hasta la finca.

Paulina, extrañada le insistía a su vecino que le contara la razón de la ausencia de su esposo, ante lo cual el joven no tuvo más salida y decidió contarle lo sucedido. La noticia fue tan fuerte e inesperada que ella sintió que su humanidad se desvanecía. Aturdida y desorientada llegó hasta donde reposaba el cuerpo

sin vida de su amado Luis Zafra. Las lágrimas inundaron su rostro, entre el dolor y la confusión Paulina solo preguntaba ¿quién lo asesinó? ¿Quién lo hizo? En medio del desequilibrio y la sensatez ella pensaba para sí: *Esto es grave*. Por lo cual decidió permanecer en silencio, un silencio que de alguna manera la protegiera de futuras desgracias.

La cronista recuerda

La vecina, que para la fecha tenía ocho años, presenció junto a su madre el fatal suceso. A partir de ello, dice que su inocencia se rompió, concibió la realidad sobre el bien y el mal. A través de las conductas y acciones buenas o malas de los hombres. Recordó con mucha tristeza el escenario donde la viuda abrazaba a su esposo, lloraba y lloraba con un dolor que parecía no iba a tener fin. A la hija de don Luis con tan solo dos años, la alejaron del lugar para evitar que la niña viera la escena de dolor. El infante en su inocencia lloraba pidiendo a gritos que la llevaran con su papá. Los vecinos y curiosos susurraban: “¡Que injusticia con la vecina, ella está embarazada del difunto y con todos los niños tan pequeños que tiene!”

Después de darle cristiana sepultura y de rezar por su eterno descanso, la señora Paulina volvió a la finca Campo Alegre con sus pequeños hijos. Fue citada por las autoridades del pueblo de Yarima para dar declaraciones de lo ocurrido. A partir de entonces, la señora Paulina tuvo que soportar los hostigamientos de los vecinos de su finca, empezaron a tejer una serie de chismes, como que ella estaba en el pueblo llevando información al Ejército. El vecino se presentó con varios guerrilleros para medir los linderos como ellos quisieron. Sumado a ello este hombre le solicitaba a la señora Paulina que le firmara un documento, pero ella se negó. Situación que aumentó las amenazas en contra de su vida y la de sus niños, por lo que Paulina decidió abandonar su propiedad junto con su familia y desplazarse hasta la ciudad de Barrancabermeja.

Se va o se muere, fueron las últimas palabras que escuchó.

Para salvar mi vida y la de mis niños, Salí de la finca, totalmente sola, me aferré a la mano de Dios con los trapos encima y con todos mis hijos pequeños. Dejamos todo abandonado: animales, las bestias, ganado y mucho, mucho cultivo. No tuve amigos, ni hermanos, ni vecinos, de todas las personas que vivían cerca solo recibí ayuda de mi compadre German Rincón, quien me brindó su apoyo sin cobrarme un peso. *Él prestó* sus bestias y algunos obreros para que me ayudarán recogiendo algunos cultivos para venderlos en el pueblo para mi sustento.

Hace treinta y cinco años ha vivido lejos de su predio. Hace poco volvió para cerrar la última página de su vida. ¿Qué significó volver después de tantos años?

Muchísima tristeza y muchos recuerdos son dos sentimientos, uno: la vida buena que pasamos en la finca Campo Alegre, porque vivíamos en

lo propio, trabajábamos la tierra, vivíamos de lo que cultivábamos. El otro: los sufrimientos que pasé porque las tragedias que viví marcaron mi vida para siempre. Pero al mismo tiempo cuando paso por el campo "27" me da alegría saludar a mi amiga Cecilia, sus hijos, su familia son las únicas personas que aprecio, y no puedo pasar sin entrar a saludarlos.

Paulina vive hace diecisiete años en Bucaramanga, su día a día lo comparte en compañía de su tercer esposo, tiene unos excelentes hijos que velan y le ayudan en las necesidades del diario vivir. A pesar de todos los sufrimientos vividos se siente más tranquila y resignada por la familia que tiene. Sus nietos le dan mucha felicidad son muy cariñosos y especiales.

Quiere envejecer rodeada de su familia, ser independiente económicamente, valerse por sí misma y continuar sirviendo en lo que ella pueda con el coraje que siempre la ha caracterizado.

